

Bryce Echenique: «Me fascinan los seres incoherentes y contradictorios»

Ana Solanes

El humor y la ternura son las dos palabras que aparecen siempre que se habla de Alfredo Bryce Echenique (Lima, 1939). Su vida, llena de peripecias a la vez trágicas y divertidas, profundas y grotescas; y su forma de ver el mundo a través de esas gafas redondas sin las que es imposible imaginarle, nos las ha ido contando en cada uno de sus libros desde que impuso su vocación literaria al destino como abogado que había planeado para él su padre, perteneciente a una familia de banqueros de la oligarquía limeña.

Precisamente la descripción de ese mundo rancio y clasista que tan bien conocía en su gran novela *Un mundo para Julius*, le supuso el reconocimiento internacional como uno de los escritores fundamentales de Latinoamérica. Después vinieron otros muchos libros (*La vida exagerada de Martín Romaña*, *Tantas veces Pedro*, *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, *No me esperen en abril*; *Reo de nocturnidad* o sus dos volúmenes de «antimemorias» por mencionar sólo algunos), toda una galería de personajes inolvidables, muchos premios y constantes cambios de residencia entre Lima y Madrid, entre París y Barcelona.

Es ahí, en Barcelona, donde sitúa la acción de su última novela, *Las obras infames de Pancho Marambio*, en la que narra un particular descenso a los infiernos que, una vez más, consigue a ratos provocarnos la sonrisa.

– *En Las obras infames de Pancho Marambio, hace un retrato del efecto devastador de la traición en el ser humano. Leyendo su última novela uno se pregunta si lo ha sufrido en primera persona...*

– ¿Quién no ha sufrido con las obras en casa? Aunque sí es verdad que a mí un conocido, más que un amigo, me estafó. Pero la memoria inventa mucho más de lo que uno mismo aceptaría. Y por supuesto que aquella caída que lleva a la muerte a mi personaje central absolutamente nada tiene que ver conmigo. Yo me limité a contratar a una persona que con dos o tres ayudantes me dejó el piso hecho un primor. Y la visita a la clínica psiquiátrica duro apenas una mañana, en que tomé muchas notas y sí logré observar a algunos internos bastante pintorescos, por decir lo menos.

– *En esta novela vuelven a mezclarse, como en casi todas sus obras, la nostalgia, la ironía y el sentimiento de pérdida. ¿Piensa usted, como Mario Benedetti, que «siempre cuesta un poquito / empezar a sentirse desgraciado»?*

– La verdad, soy un hombre moderadamente feliz, como suele decirse. Y el humor y la ironía me permiten superar muy fácilmente cualquier sentimiento de pérdida. Lo que pasa es que Benedetti es un escritor muy serio, ajeno por completo al humor, creo yo.

– *Tampoco en esta ocasión renuncia al humor para contar hechos en ocasiones terribles, como esa decadencia física y moral en la que desemboca la vida ejemplar del protagonista, Bienvenido Salvador Buenaventura. ¿Está de acuerdo con el retrato que hizo de usted su compatriota el escritor Fernando Ampuero, cuando le calificó «como un showman de sus tristezas»?*

– Soy demasiado discreto para ser un *showman* de nada.

– *Algo en apariencia ínfimo y habitual, como un desastre cotidiano en las obras de una casa ¿puede llegar a desatar la locura?*

**«El humor y la ironía me permiten
superar muy fácilmente cualquier
sentimiento de pérdida»**

– No es en absoluto mi caso, pero fácilmente puedo imaginarme que aquello pueda ocurrir. Además, yo anduve en muy buena compañía en aquellos meses. Y en medio de todo aquello terminé mi novela *El huerto de mi amada*, ganadora del Planeta.

– *La novela habla también de la fragilidad del ser humano: el protagonista acaba sucumbiendo al alcoholismo, una amenaza que hasta el momento había logrado esquivar después de que destrozara por completo a su familia. ¿Cree que todos tenemos siempre un fantasma que nos amenaza?*

– Ya decía el crítico inglés Cyril Conolly que los dos enemigos de un escritor son la fama, el dinero, el alcohol y las mujeres (o los hombres, si de mujeres se trata) pero también la falta de fama, de dinero, de mujeres y de alcohol...

– *¿Personalmente ha sentido en alguna ocasión que su carrera peligraba por esa u otras adicciones?*

– Se trata en la novela de una enfermedad congénita y hereditaria que Bienvenido Salvador Buenaventura ha mantenido a raya gracias a su disciplina y fuerza de voluntad. Pero la incoherencia de los seres humanos es realmente sorprendente. Llevamos todos dentro un ángel y un demonio.

– *En toda su obra siempre ha exaltado el valor de la amistad y sin embargo en ésta vemos también el precio de las malas compañías...*

– Pues sí. Siempre digo que soy un hombre que va de amigos en amigos como un náufrago va de boya en boya. Falla una boya y es muy posible que las pases muy mal e incluso que te ahogues, como en esta novela sobre la amistad traicionada por un pobre diablo.

– *¿Por qué decidió situar la acción de Las obras infames de Pancho Marambio en Barcelona, en esa «Barcelona letal» que persigue al protagonista?*

– Porque vivo y he vivido antes (en la década de los 80) en Barcelona y camino diariamente cada mañana dos horas siguiendo muy

**«Soy un hombre que va
de amigos en amigos como un náufrago
va de boya en boya»**

distintos itinerarios. Y como es una ciudad tan racional, es muy fácil entrar en ella y observarla desde puntos muy privilegiados, sean éstos positivos o negativos.

– *La alta sociedad limeña que usted retrata en algunas de sus obras, ésa de Un mundo para Julius en la que las mujeres y los hombres eran «anaranjadamente felices», vivían en casas gemelas de las que aparecen en El huerto de mi amada, donde «lo aerodinámico se daba la mano con lo neocolonial y con algún toque bávaro-selva negra», ¿ha cambiado en algo ese mundo que describe en estos últimos treinta y tantos años, los que van de la aparición de Julius a la caída de Fujimori?*

– Es muy curioso lo que ocurre con Lima, porque sobre todo durante la dictadura criminal de Fujimori (10 años) se degradó enormemente, estética y éticamente. Y sin embargo en el imaginario de los peruanos y, por supuesto, sobre todo de cierto limeños que tienen por lo menos un abuelo limeño, el mundo de Julius sigue siendo un referente. Cuando embajador llega a Perú se lee esa novela como un manual de comportamiento social y como un medio de percibir muchas cosas aparentemente veladas.

– *¿El Perú de hoy aún puede definirse como una «democrática dictadura», como se hace en No me esperen en abril?*

– En absoluto. Nos guste o no, hay un presidente democráticamente elegido y que hasta ahora va respetando las relaciones entre los tres poderes del Estado: Justicia, Legislativo y Ejecutivo. Parece que por todos los medios a su alcance Alan García quisiera borrar el horror que fue su primer gobierno, sin duda el peor del siglo XX en el Perú.

– *¿Añora cuando vuelve a Perú esa Lima a la que dice representar, esa Lima «que olía a Yardley mejor que la Comunidad Europea y por la que hoy circulan suicidamente unos informales microbuses que vienen de barrios que no conozco y van hacia barrios que ya jamás conoceré»?*

«Lima, durante la dictadura criminal de Fujimori, se degradó enormemente estética y éticamente»

– Los peruanos somos grandes nostálgicos, pero yo hace tiempo que he reducido mi país, según muy buenos consejos de Mario Vargas Llosa, a unos cuantos amigos y paisajes, Y, eso sí, me encanta viajar por los Andes, sobre todo por los Andes centrales, los menos conocidos. Viajé mucho con mi padre por esas ciudades como Tarma, por ejemplo, o Huaychulo. Y no me canso de ir nunca.

– *En alguna ocasión ha dicho no creer en la «novela comprometida» y, sin embargo, es uno de los escritores que mejor han explicado Perú, aunque fuera involuntariamente, como en el caso de Un mundo para Julius, que, según ha contado, escribió sin conciencia alguna de su trascendencia política y que fue la crítica la que la encontró después. ¿Se siente cómodo en ese papel de analista político que a veces se les impone a los escritores de ficción?*

– La verdad es que soy tan escéptico con las cosas de la política peruana que me abstengo por completo de opinar sobre ella. Además, yo creo que si a los escritores se les otorga ese don de analistas políticos, ello se debe a que nuestra sociedad civil aún no ha cuajado ni madurado. Y ya es un hecho aceptado por que el Congreso de la Nación es un nido de ratas y víboras, una forma de enriquecerse quienes no sirven para nada. Y prácticamente no hay excepciones.

– *Tiene fama de ser un excelente conversador. De hecho ha contado que su estilo literario se forjó tras cientos de horas conversando con un amigo abogado. ¿Con qué otros amigos o escritores ha disfrutado o disfruta más en una charla?*

– Me gustaba muchísimo conversar con Carlos Barral, mi primer editor. Y participar en una reunión con mis amigos del colegio o con algunos de la universidad, allá en Lima es un deleite. Con Joaquín Sabina y Angel González nos dan las mil y quinientas, cuando nos juntamos. Un buen conversador o un buen cuenta cuentos hace que uno se quite el sombrero de entrada e incluso lo olvide al partir.

**«Yo hace tiempo que he reducido
mi país a unos cuantos
amigos y paisajes»**

– Después de catorce años seguidos en Europa, y treinta y cuatro en total fuera de Perú, volvió a Lima, y ahora de nuevo vive entre su ciudad y Barcelona. ¿Siente esa necesidad de verse siempre como un «quedado», esa palabra que prefirió a exiliado –o exilado– para definirse?

– Recientemente una periodista lo definió mejor, creo yo: «Bryce, sin sus ires y venires, no sería Bryce».

– ¿Por qué tantos personajes suyos, desde Martín Romaña a este Bienvenido Salvador Buenaventura de su última novela, se pasan la vida cayéndose del caballo, saliéndose del carril que parecía haberles señalado el destino? ¿Le gusta la gente que se atreve a renunciar, a equivocarse?

– Pues sí, me atrae mucho, y me fascinan los seres incoherentes y contradictorios. Y los trasterrados que se enfrentan con su rosa y sus lágrimas a nuevos mundos sociales.

– En los últimos tiempos, ha pasado por la desagradable experiencia de ser acusado de plagio. Usted denunció que todo había sido una campaña orquestada por sus enemigos políticos y ahora los jueces han fallado a su favor. ¿Se siente liberado?

– Ese fue un complot urdido por una periodista venal y un autor resentido al que le dije que dejara de enviarme sus manuscritos, pues escribía con los pies. Éste último ya se había metido también con Mario Vargas Llosa, sin éxito alguno, y me imagino que ahora me tocaba a mí. A medio camino me pidió reconsideración y reconciliación. Me negué. Y luego el tipo se negó a un peritaje. Ahora ha apelado, por supuesto, pero yo creo que sin mucha opción de que le resolución que me es favorable cambie. Lo que sí es cierto es que se está gastando la fortuna que tiene en ello. Pero yo confío en que el tipo que vino por lana salga trasquilado. Cuarenta años escribiendo artículos que en España se han publicado en Anagrama en tres tomos y veinte años como colaborador de EFE me avalan. A qué santos copiar a un autor muy mediocre cuyo castellano es lamentable y que no sólo publi-

«Lo del plagio fue un complot urdido por una periodista venal y un autor resentido»

ca sus libros con su propio dinero sino que además los regala por calles y plazas de Lima. Un desesperado, en fin.

– «*Miento por diversión*» asegura en una entrevista, refiriéndose, claro, a su capacidad para fabular y construir ficciones, como le ocurría a Max, el protagonista de *Reo de nocturnidad*. ¿Le ha pesado en alguna ocasión ese gusto suyo por la mentira?

– El arte de mentir (no de engañar a nadie, cosa absolutamente distinta) ya fue objeto de un maravilloso ensayo de Oscar Wilde, *La decadencia de la mentira*. Y como dijo alguien que, a lo mejor fui yo mismo, «Yo miento para contar mejor la verdad» y «Soy un mentiroso que dice siempre la verdad».

– Siempre que se habla de su obra aparece, además del humor, la palabra *ternura* ¿en qué diría que consiste para usted esa mirada tierna a la vida, a las personas?

– Soy, como Stendhal, mi escritor preferido, un egotista, que nada tiene que ver con egoísta. El egotista es aquel que privilegia el afecto por la vida privada.

– Dice en sus memorias que «sí hay males que duran más de cien años, pero no que hay cuerpo que lo resista más de cincuenta». ¿Se ha hecho con la edad más moderado?

– Digamos que me he vuelto más prudente.

– Nicanor Parra inventó la «antipoesía», usted se apuntó a las «antimemoria» ¿es que ya sólo se puede escribir contra los géneros?

– Yo tomé la idea de las *Antimemorias* de André Malraux, quien afirmaba que, desde que existe el psicoanálisis, las memorias están de más, son imposible. Y sólo se puede escribir *Antimemorias*.

– En el número anterior de Cuadernos Hispanoamericanos, Juan Cruz le dedica un artículo en el que habla de su amor por el orden, y sorprende descubrir su casi obsesión por que cada objeto esté en su sitio ¿sólo con el orden exterior se siente capaz de narrar el desorden de la vida?

**«Soy, como Stendhal, mi escritor preferido,
un egotista, que nada tiene que ver
con egoísta»**

– Son las grandes incoherencias, las contradicciones de los seres humanos. Detesto el desorden y sobre todo en casa, pero al mismo tiempo soy capaz de salirme de mí mismo y literalmente pintar el pueblo de otro color, según la expresión americana.

– *«Nunca se está tan mal que no se pueda estar peor» ¿Es usted un fatalista o, visto de otra forma, es su particular forma de optimismo?*

– Ni lo uno ni lo otro. Siempre digo que soy un pesimista que desea que todo salga bien.

– *La última pregunta se la he pedido prestada a su amigo y admirado Ángel González, quien quiso saber si usted, que se rodea a menudo de poetas, ¿nunca ha sentido la tentación de escribir poesía como sí lo han hecho Vargas Llosa o García Márquez, también novelistas ante todo y también amigos suyos?*

– Me he sentido siempre ajeno por completo a la poesía, no como lectura sino como algo que yo podría escribir. Ni siquiera «fragué» los infalibles poemas de adolescencia, Ni uno solo ©

**«Ni fatalista ni optimista, siempre digo
que soy un pesimista que desea
que todo le salga bien»**